

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36
7675
#5/1976

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

TRADICIONES DE GUATEMALA

5

Editorial Universitaria
Guatemala, Centroamérica

1976

Jun. 2005 #0524

CRONICAS

EL CUATASINC K'EKCHI

Jesús María García Añoveros

El vocablo cuatasinc, en lengua k'ekchí, aunque etimológicamente suele referirse a prácticas mágicas, en la práctica, sin embargo, comprende un conjunto de ceremonias sagradas o ritos religiosos de inauguración, fundamentalmente de edificios. Son ceremonias que suelen acompañar la inauguración de una casa, iglesia u otros objetos especiales.

Es nuestro propósito narrar detalladamente los ritos del cuatasinc observados y, sobre todo, vividos por el autor con motivo de la inauguración de dos campanas. Me ceñiré exclusivamente a la narración, evitando todo tipo de interpretaciones o comentarios de tipo sociológico o religioso, con la finalidad de que la ceremonia quede narrada con la mayor objetividad posible, sin interferencia foránea alguna. A propósito, se excluyeron las fotografías por el respeto extremo que, en todo momento, observamos durante ese acto.

Lugar, fecha, participantes y objeto de los ritos

El motivo del rito cuatasinc, como se indicó anteriormente, fue la inauguración y puesta en servicio de dos campanas en la ermita situada en lo alto de un cerro de la aldea de Chacté. Chacté es un poblado ubicado a 38 Kms. de Poptún (El Petén), que se encuentra a orillas de la carretera general que une Puerto Cadenas, a la entrada de El Petén por Izabal, con Ciudad Flores. La aldea, fundada hace aproximadamente treinta años, fue poblada por la gran emigración K'ekchí que, iniciada

hace aproximadamente ochenta años desde Cobán, tomó gran auge durante los últimos veinte años, particularmente desde San Pedro Carchá. Los sampedranos han invadido pacíficamente extensas zonas de El Petén, e incluso Belice, en busca de tierras de cultivo. Descendieron a las llanuras peteneras desde las altas montañas de Alta Verapaz y, siguiendo la ruta de Sebol y Cahabón, penetraron en la espesa selva de El Petén en donde han fundado innumerables poblados. Actualmente ocupan una extensa franja cuyos límites son el río Pasión, hasta Sayaxché, el Santa Isabel o Cancuén, en los límites con Alta Verapaz, y el Sarstoon, ya en territorio beliceño. Aunque no existen cálculos oficiales se estima que son alrededor de 25,000 los k'ekch'ís asentados en El Petén.

Los principales celebrantes de la ceremonia *cuatasinc*, que vamos a narrar, fueron tres indígenas k'ekch'ís: Domingo Pop, el mayordomo y organizador principal del rito, quien sufragó los gastos, y dos ancianos acompañantes, uno de ellos venido expresamente de Belice por su especial conocimiento de la ceremonia. Junto a los celebrantes k'ekch'ís actuaron los sacerdotes católicos Waldo Fernández y Jesús García, que llevaron a cabo los ritos propiamente católicos.

La fecha de la celebración coincidió con la noche del 25 al 26 de marzo de 1975, entre martes y miércoles santo de la llamada Semana Santa o Mayor.

Los preparativos de la ceremonia *cuatasinc*

Alrededor de las ocho de la noche del 25 de marzo y procedentes de Poptún llegamos a Chacté los sacerdotes Waldo Fernández y Jesús García. Domingo Pop, el mayordomo encargado de la fiesta, nos esperaba a la entrada del pueblo acompañado de unos indígenas. Luego de un breve saludo en lengua y en castilla, nos dirigimos en silencio por una vereda hasta su casa, que estaba construida en lo alto de un pequeño cerro y consistía en una amplia galera con paredes de adobe y techo de lámina. La recepción que nos hicieron estuvo envuelta en los rasgos de sobriedad, exquisitez y respeto que adornan la hospitalidad k'ekch'í: saludos con los brazos cruzados e inclinaciones de cabeza. Llegados al interior de la casa hubo un breve rato de oración ante las imágenes depositadas en un altar situado a mano derecha, mientras que los celebrantes k'ekch'ís ofrecían incienso de copal y musitaban oraciones en lengua. Nos ofrecieron unas hamacas para descansar. Poco a poco iban llegando a la casa los invitados, hombres, mujeres y niños,

que se colocaban sentados en el suelo en un respetuoso silencio, solamente alterado por los gritos y carreras de los niños. Los músicos, que ya se encontraban allá, comenzaron a tocar sus sones en nuestro honor con arpa, guitarra y violín. Al momento, aparecieron unos muchachitos que nos ofrecieron agua y unos guacales para limpiarnos el polvo del camino. Pasado un corto tiempo, nos trajeron su mejor bebida refrescante, el cacao, tal como lo preparan ellos, producto de los palos que ellos mismos siembran.

Domingo Pop se dirigió entonces a nosotros para darnos un saludo de bienvenida en nombre suyo y de toda la comunidad. Manifestó su satisfacción por encontrarnos entre ellos y participar en el *cuatasinc*. Para él veníamos como portadores de la verdad y se alegraba por el respeto y aceptación que nos merecían sus viejas y queridas costumbres. Nos dijo que hacía cuarenta y siete años que estaba deseando el poder celebrar la ceremonia de esta noche, que había recibido de la tradición de sus antepasados. Hizo un acto de fe en sus creencias k'ekch'ís y afirmó que estaba dispuesto a dar su vida por ellas.

Nosotros le agradecemos su sincera hospitalidad y le hicimos ver nuestro contento por estar esa noche con ellos, a la vez que reafirmábamos nuestra postura de aceptación y respeto a sus costumbres. A continuación se nos sirvió la cena, una gallina exquisitamente condimentada, que compartimos con Domingo Pop y los otros dos celebrantes k'ekch'ís. Siguiendo la costumbre indígena en estas ocasiones, apenas si hablamos palabra.

Acabada la cena, nos levantamos de la mesa y nos dirigimos al altar. Debajo del mismo, y totalmente envueltas en costales, se encontraban las campanas que de ningún modo podrían ser descubiertas hasta su colocación en la ermita. Con gran respeto las sacaron, no sin antes haber ofrecido el incienso, y las cargaron sobre sus hombros con el mecapal, Domingo Pop y uno de los celebrantes. En ese momento se inició una procesión encabezada por los portadores de las campanas; el pueblo llevaba candelas encendidas; nosotros íbamos inmediatamente detrás; el silencio de la noche quedaba roto por la melodía de la chirimía y el compás del tun. Son estos los instrumentos específicamente sagrados de los indios que solamente se hacen sonar en solemnidades religiosas. Era un espectáculo sobrecogedor aquella procesión, bajo una espléndida luna llena, envuelta en un silencio absoluto, caminando por las veredas de la selva y bajo la impresión constante de los instrumentos sagrados, envueltos en una melodía larga, honda, lastimera, monótona.

Luego de caminar un buen trecho, subimos finalmente a un alto cerro en donde estaba ubicada la ermita en cuya fachada se iban a bendecir y colocar las campanas. El cerro estaba limpio de árboles y cuidadosamente chapeado. La ermita tenía unos veinticinco metros de largo por diez de ancho. Innumerables candelas ardían dentro de ella. El altar, repleto de santos. Observé un crucifijo muy antiguo, de puro arte indígena, en el centro. A un lado de la ermita había una amplia galera, abierta por los lados, lugar de refugio y descanso para la gente que pasa las noches realizando sus ritos y rezos en la ermita. Cercana a la galera había unas construcciones más pequeñas para cocinar.

Mientras tanto, el pueblo k'ekchí se iba congregando dentro de la ermita y desparramando por las laderas del cerro. Algunos llegaban de aldeas muy lejanas. Familias completas con niños. Las indias vestían sus mejores huipiles luciendo sus característicos tocados sobre sus cabezas. Todo un espectáculo de colorido y fervor, fruto de arraigadas costumbres de un pueblo orgulloso de su cultura. Pude darme cuenta de que no había ningún ladino; exclusivamente indígenas k'ekchís. Era una ceremonia de ellos y para ellos. Si nosotros pudimos asistir se debió a nuestra condición de sacerdotes, cuyo papel era parte imprescindible del rito cuatasinc.

La ceremonia cuatasinc

El rito se divide en dos partes, esenciales ambas, pero bien diferenciadas: el sacrificio y consagración del cerdo, con cuya sangre se bendicen las campanas y la comida sagrada de comunión.

Llegados de la ermita, las campanas fueron depositadas, bien cubiertas, debajo del altar. Se notaba en las caras de los cargadores el esfuerzo realizado, pues las campanas pesaban bastante y la distancia había sido larga, con abundantes subidas y bajadas. Se arrodillaron los tres celebrantes ante las imágenes. Ofrecieron incienso y candelas. Rezaban en lengua. Sus rezos eran completamente ininteligibles para los asistentes. Son oraciones que se reciben por herencia, merced a iniciaciones especiales y son privativas de los celebrantes manteniéndolas dentro del más celoso secreto.

Después, abandonamos la ermita. Por espacio de una hora la gente entraba y salía de la capilla, hacía sus rezos, ofrecía sus candelas y siempre se mantenía hablando en voz muy baja. Otros, quedaban fuera, a la espera. En una de las cocinas al efecto, mientras tanto, se degollaron los cerdos que iban a ser usados durante la ceremonia.

Nosotros pasamos ese rato charlando con la gente. Dentro de la ermita sonaba ininterrumpidamente la música del arpa, violín y guitarra.

Hacia las once de la noche nos avisaron que nos preparásemos, pues iba a dar comienzo el cuatasinc. Fuimos a la ermita en donde nos revestimos con las albas. Allá esperamos la llegada de Domingo Pop y sus dos acompañantes. Encabezaban una solemne procesión. Portaban unos grandes recipientes que contenían la sangre de los cerdos degollados y los cuerpos cocidos de dos gallinas. Se acercaron al altar. Depositaron todo sobre la mesa. Ofrecieron más incienso de copal que de costumbre. Se hincaron de rodillas y rezaron un buen rato. La ermita estaba completamente llena de gente. Los que no cabían se asomaban por puertas y ventanas. Se palpaba en el ambiente la emoción y la importancia del momento. De repente se puso de pie Domingo Pop y nos indicó que le siguiéramos. Cargaron otra vez las campanas, ahora junto con las ollas que contenían la sangre de los cerdos y las gallinas. Desde el altar nos dirigimos, siempre dentro de la ermita, hacia la entrada principal. Los indígenas cofrades, vestidos con trajes violetas y blancos cucuruchos, que usan para la festividad de la Semana Santa, abrieron un paso por el que caminamos. Habían levantado, a la altura donde habían de colocarse las campanas, una tarima de madera. Subimos a ella por una escalera de mano, única y exclusivamente los tres celebrantes k'ekchís y nosotros, los sacerdotes. A ninguna otra persona se le permitió presenciar el rito. El pueblo, quedaba abajo, callado y esperando. De nuevo, comenzaron a sonar la chirimía y el tun.

Una vez arriba, destaparon las campanas y las colocaron, bien amarradas, en su sitio. Luego, con gran solemnidad y cuidado, destaparon las ollas. Pronunciaron oraciones con gran rapidez y fervor. Quemaron incienso. Entonces Domingo Pop, siguiendo las indicaciones de sus acompañantes, metió y mojó sus manos en la sangre. Con las manos chorreando sangre de los cerdos sacrificados, fue mojando y empapando las campanas por dentro y por fuera, cada vez más de prisa. Su expresión estaba transformado. Se notaba claramente que en ese momento estaba llevando a cabo una ceremonia de profundo significado religioso. Era el clímax del rito. De ahora en adelante ya no existiría peligro de que las campanas se quebraran. Los espíritus, esos pequeños espíritus inferiores, buenos y malos, que habitan en todos los lugares según la creencia maya, serían siempre propicios. Se les había contentado y aplacado. No habría nada que temer en aquel lugar. La creencia maya del mundo viviente de los espíritus, que pervive de una manera tan honda y sentida en el pueblo k'ekchí, se hacía patente y evidente en la ceremonia.

Inmediatamente al lavado de las campanas con la sangre, siguió el roce de las mismas con los cuerpos recién muertos de las gallinas. Luego, se nos invitó a rociarlas con agua bendita. Se ofreció incienso. A partir de ese momento, las campanas podían ser tocadas. A nosotros se nos pidió que lo hiciéramos por primera vez y así lo hicimos. Entonces la melodía del tun y de la chirimía cobró un ritmo más rápido y alegre, que contrastaba ostensiblemente con el anterior.

Bajamos de la plataforma de madera, portando siempre los celebrantes los restos de la sangre y las gallinas. Al pie del dintel de la puerta principal, en el centro, comenzaron a cavar rápidamente un hoyo. Cuando fue lo suficientemente profundo, enterraron allí los restos de la sangre y las gallinas. Lo cubrieron todo con tierra. Delante colocaron una estaca de madera. Con ello quedaba prohibido el paso, por encima del enterramiento, a mujer alguna durante quince días. Ninguna mujer podía romper el tabú. Hubiera supuesto el maleficio de la ceremonia con la desagradable consecuencia de atraer la desgracia sobre el lugar y el pueblo. Con estos ritos se dio por finalizada la primera parte de la ceremonia.

Al cabo de media hora, que se sirvió como descanso y para relajar los ánimos, dieron comienzo los ritos de la comida sagrada. La esposa de Domingo Pop, junto con otras mujeres de los principales que habían intervenido en la ceremonia, iban a protagonizar los comienzos. Iniciaron una procesión que salió del lugar en donde habían sacrificado a los cerdos. En unas vasijas portaban su carne cocida. Se dirigieron a la ermita y se acercaron al altar en donde, muy despacio y con gran respeto, depositaron las ollas con la carne. Se arrodillaron, ofrecieron incienso y, con candelas encendidas, oraron un rato. Luego, en silencio, y con la misma parsimonia, tomaron las ollas con la carne y salieron de la ermita para dirigirse a la cocina. Durante esta ceremonia no sonó música alguna. Es de notar la participación de la mujer en el rito, pues el sacerdocio k'ekchí es privativo de los hombres y la mujer es siempre parte pasiva. Se explica, quizá, por ser ellas las que habían cocido y condimentado los cerdos.

Pasamos a la galera, que servía de lugar de reunión y descanso, cercana a la ermita, en donde, sobre unas tablas, habían improvisado una mesa. Fuimos los primeros en sentarnos junto con los celebrantes k'ekchís y también los primeros en ser servidos. En un plato se nos ofreció para comer un trozo de la carne de cerdo. En silencio, y con los dedos, comimos nuestra parte. Por ser comida sagrada de comunión, había que consumir todo el plato. Nada podía quedar: hubiera sido un

desprecio. Casi inmediatamente acudió todo el pueblo asistente que, de pie, en silencio, comió con rapidez su parte. Todo el pueblo comulgaba de una misma carne sacrificada, símbolo de su unión como comunidad y entidad cultural. El sólo podía participar de esa carne por la que todos sus miembros quedaban unos a otros a través de la unión con la divinidad. La carne era divina, pues había sido ofrecida y bendecida por un rito hondamente sagrado en relación con el mundo sobrenatural y esto era lo que la diferenciaba radicalmente de una comida ordinaria. Se trataba de la comunión del pueblo a través de la carne del cerdo sacrificada. Era el rito final del cuatasinc, que concluía en banquete sagrado. Banquete que servía para afianzar los lazos comunitarios del pueblo y lo unía estrechamente a la divinidad.

Sobre las tres de la madrugada nos pudimos retirar a descansar. En unas hamacas, dentro de la misma galera, y rodeados por mujeres y niños k'ekchís, casi exclusivamente, dormimos un rato. La unión y estrecha comunión desarrollada a lo largo de toda la ceremonia, se continuaba dentro de la mayor sencillez y espontaneidad: todo el pueblo rezó unido, comió unido e igualmente descansaba unido. Muy cerquita se escuchaban incesantes los sonos del arpa y del violín dentro de la ermita. Los hombres no cesaron de hacerlos sonar durante toda la noche. Como nos indicó Domingo Pop, esa noche ellos necesitaban expresar a través de la música todo lo que sentían y llevaban en sus corazones, sus sentimientos y la experiencia comunitaria y religiosa que habían vivido con tanta intensidad en aquella noche del cuatasinc, que ya difícilmente podrían repetir con la solemnidad que había revestido. Como nota a destacar pude constatar que esa noche no se bebió un solo trago en contra de la costumbre indígena de mezclar los actos religiosos importantes con las borracheras. Domingo Pop, el mayordomo y organizador del cuatasinc no lo permitió, pues decía que esa noche solamente iba a ser para Dios. Y tan en serio aceptaron la prohibición, que llegaron a expulsar del lugar a un indígena que había llegado con sus tragos.

A las cinco de la mañana nos despertó el sonido de las campanas que anunciaban la celebración de la misa. Aunque bien diferenciada por los indios la ceremonia del cuatasinc, de tradición puramente k'ekchí, de la ceremonia de la misa, sin embargo, para ellos, la misa era parte fundamental de sus creencias. El cuatasinc tenía como remate fundamental la celebración eucarística. Era un ejemplo vivo de cómo los indígenas han sabido aceptar y unir sus ritos al ceremonial cristiano recibido en la Conquista. La misa tuvo lugar en la ermita en presencia

de todo el pueblo que acompañó la ceremonia con cantos. Se predicó en k'ekchí y fueron muchos los que comulgaron. Serían las seis de la mañana cuando comenzaron las despedidas. Cada familia marchó a sus ranchos, algunos muy lejanos. Varios indios quedaron en el lugar de la ermita para cuidarla por turnos, al menos durante unos días. Coincidió, por otra parte, la inmediata celebración de los días mayores de la Semana Santa y, en esos días, se reúnen para sus procesiones y ritos.

En Chacté, pequeña aldea k'ekchí de El Petén, habíamos asistido a la celebración de una antiquísima ceremonia llena del sabor tan especial que el indio sabe imprimir a sus ritos e impregnada de la sentida religiosidad que habitualmente envuelve su vida.